

Palabras de Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL),

en ocasión del acto de homenaje a Dag Hammarskjöld

en conmemoración del sexagésimo sexto aniversario

de las Naciones Unidas

Santiago, 24 de octubre de 2011

- Señor José **Graziano da Silva**, Representante Regional para América Latina y el Caribe de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura,
- Señora **Eva Zetterberg**, Embajadora de Suecia en Chile,
- Señor **Ove Bring**, Doctor en Derecho Internacional y conferencista de hoy,
- Señores representantes del cuerpo diplomático acreditado en Chile,
- Señores representantes de los organismos, fondos y programas del sistema de las Naciones Unidas en Chile,
- Señoras y señores representantes del Gobierno de Chile,
- Colegas de la CEPAL y de las Naciones Unidas en Chile,
- Señoras y señores

Les doy a todos la más cordial bienvenida en este nuevo Día de las Naciones Unidas, en momentos difíciles para el mundo.

Hace medio siglo murió Dag Hammarskjöld, figura inspiradora cuyo liderazgo moral e integridad personal lo hacen elevarse como un gigante del siglo XX. Hoy sus ideas están más vigentes que nunca.

Fue el segundo Secretario General de las Naciones Unidas e iba volando en una misión de paz a la República Democrática del Congo cuando murió en un accidente de avión cuyas circunstancias nunca permitieron esclarecer si se trató de un accidente o de algo deliberado.

Me conmueve tener la oportunidad de contarles a las nuevas generaciones sobre sus aportes a nuestro convulsionado mundo y mostrarles cómo sus acciones, su visión de

mundo, su mismo legado mantienen su actualidad. Dag Hammarskjöld ejerció su mandato desde 1953 hasta 1961.

Aquí en Chile, la avenida que llega a la CEPAL lleva precisamente su nombre.

Tan profunda es su huella que el actual Secretario General, Ban Ki-moon, lo cuenta entre sus héroes. En su discurso inaugural de 2006 contó una anécdota de su infancia que lo marcó profundamente. En 1956 Ban Ki-moon tenía seis años cuando se produjo el levantamiento en Hungría. Como presidente de su curso, leyó ante todo el colegio una carta dirigida a Dag Hammarskjöld que decía: “Señor Secretario General, por favor ayude a las personas en Hungría, para que puedan vivir en libertad y democracia”.

Y, por el honor que me confirió Kofi Annan, ex Secretario General, de trabajar con él, tuve la ocasión de escucharle decir cuando había un desafío muy grande en alguna misión de paz o en algún sitio conflictivo: “¿cómo hubiera manejado esto Hammarskjöld?”. Él es, indudablemente, un referente importante.

Hombre carismático, era un idealista; pragmático, trabajador infatigable para prevenir la guerra y velar por los principios de la Carta de las Naciones Unidas, tarea nada fácil en el mundo bipolar de esos años, cuando imperaba la Guerra Fría y la amenaza nuclear ensombrecía la vida cotidiana.

Nació en un pueblo sueco llamado Jonkoping, el cuarto hijo de una familia cuyo padre llegaría a ser Primer Ministro. Tras doctorarse en economía por la Universidad de Estocolmo, inició una brillante carrera en las finanzas públicas y la diplomacia y llegó a ser ministro de Estado, aun cuando nunca militó en partido político alguno.

Dag Hammarskjöld sostenía que la búsqueda de la paz no puede dejarse solo en manos de personas de buena voluntad.

Creía que las Naciones Unidas deben ser un instrumento de cambio y que el propósito de esta comunidad es encontrar maneras de salvar a las generaciones venideras del azote de la guerra. Para esto, las relaciones entre los Estados deben apegarse a los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Actualmente se polemiza sobre si el premio Nobel se puede o no dar en forma póstuma, pero a él sí se lo dieron después de muerto, fue en 1961, cuando recibió el premio Nobel de la paz por su trabajo en el Congo.

Su convicción fue que la tarea esencial de las Naciones Unidas es proteger al débil contra el fuerte. Para él, la vitalidad, la propia viabilidad de la Organización, dependían de su habilidad para cumplir esta tarea. Además aportó a la Organización esa dimensión ética que hoy necesitamos.

Fue Dag Hammarskjöld quien desarrolló los instrumentos más usados actualmente por las Naciones Unidas: las operaciones de paz. La primera de ellas se

desplegó en la crisis del Canal de Suez en 1956, la segunda para el sangriento nacimiento del Congo, que le costó la vida, y donde hoy tenemos la misión de paz más grande.

Lo hizo pese a que el mantenimiento de la paz no estaba —aún no lo está— en la Carta. Pero él interpretó la Carta de manera innovadora. Fue un solucionador de problemas, un mediador que creía en la diplomacia silenciosa, directa, personal. En este estilo está el origen de la “diplomacia preventiva”, tan utilizada actualmente.

Los secretarios generales a veces son muy criticados porque, según se dice, no hacen gran cosa. Pero ellos cumplen una labor que no siempre sale en la prensa. Les puedo decir que a mí me tocó vivir al lado de Kofi Annan el apresamiento del soldado israelí en 2006, que esta semana fue liberado. La lucha de la diplomacia silenciosa y preventiva para lograr el acuerdo fue fuerte y espero nos lleve a la paz.

Como Secretario General, Dag Hammarskjöld incorporó nuevos procedimientos, negándose a limitar a la Organización solo a un rol de “mecanismo de conferencias”.

Tuvo además el mérito de no inclinarse por ninguna de las grandes potencias de ese momento. Debió enfrentar muchas disputas, con Nikita Kruschev, con el Presidente Kennedy, con la propia Gran Bretaña, con Francia. Sin embargo, decía: “No aceptaremos ninguna presión, sea del Este o del Oeste. O nadaremos o nos hundiremos, pero mantendremos la línea de la Carta de las Naciones Unidas”.

Dag Hammarskjöld y Raúl Prebisch fueron grandes aliados en el desarrollo de un pensamiento propio y en la manera de concebir el sistema multilateral. Cuando se creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, en 1961, Prebisch estaba algo triste porque sentía que no había logrado lo suficiente. Pero el Secretario General le escribió “Considere el acuerdo alcanzado un logro mayor en el cual las Naciones Unidas han desarrollado un papel clave gracias a sus esfuerzos y brillante liderazgo”, reconociendo que un acuerdo de esa naturaleza tomaba tiempo.

Ambos tuvieron un enfoque pragmático e incluso, cuando se cuestionó la propia existencia de la CEPAL, Hammarskjöld defendió no solo a la CEPAL, sino también a las organizaciones regionales, que consideraba tenían un papel central para anticiparse a los conflictos del mundo.

¿Qué pensaría Dag Hammarskjöld del mundo de hoy?

Creo que le sorprendería conocer el nuevo poderío de China, enterarse de que la antigua Unión Soviética desapareció, que hoy integran las Naciones Unidas 193 países y no el centenar que existía durante su mandato.

Probablemente también se alegraría de saber cómo se ha desarrollado el concepto de mantenimiento de la paz y de que los cascos azules se hayan convertido en una de las imágenes más emblemáticas de las Naciones Unidas.

Y también se alegraría, o más bien se entristecería a la vez, de saber que más de 100.000 cascos azules se encuentran desplazados en 16 operaciones. Le entristecería probablemente saber que la naturaleza del conflicto que ahora enfrenta nuestra Organización se ha tornado más intranacional, intrarreligioso.

También se sorprendería con la triple crisis financiera, alimentaria y energética que vivimos y el gran signo de interrogación que pende sobre el modelo productivo imperante.

Quizás miraría con alegría cómo se expresa la nueva generación, la de los “indignados”, atravesada por frustraciones ante expectativas incumplidas en términos de empleo, bienestar, progreso social, calidad de vida, respeto a la naturaleza, a la diversidad cultural, la democracia. Este reclamo de más espacio por parte de los ciudadanos sería comprendido por Dag Hammarskjöld, quien siempre se refería a la importancia de escuchar, entender los nuevos retos y ejercer las responsabilidades propias de nuestra generación.

En la Carta de las Naciones Unidas se habla de la democracia entre los países, donde todos los países son iguales, pequeños o grandes. Hammarskjöld dio una interpretación de democracia a los derechos. Dijo que todos los seres humanos tienen los mismos derechos, independientemente de la raza, el género, la religión o el lenguaje.

Hoy le rendimos un sincero tributo a este hombre cuya vida fue corta pero cuyo legado es grande. Permítanme despedirme hoy con una frase suya: “Nunca midas la altura de una montaña, sino hasta que coronas la cima. Entonces verás cuán baja era”.

Muchas gracias